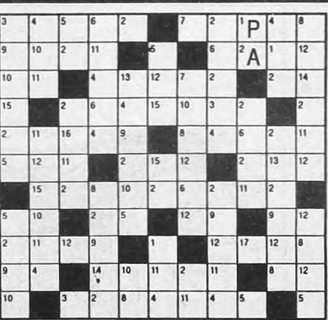
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES



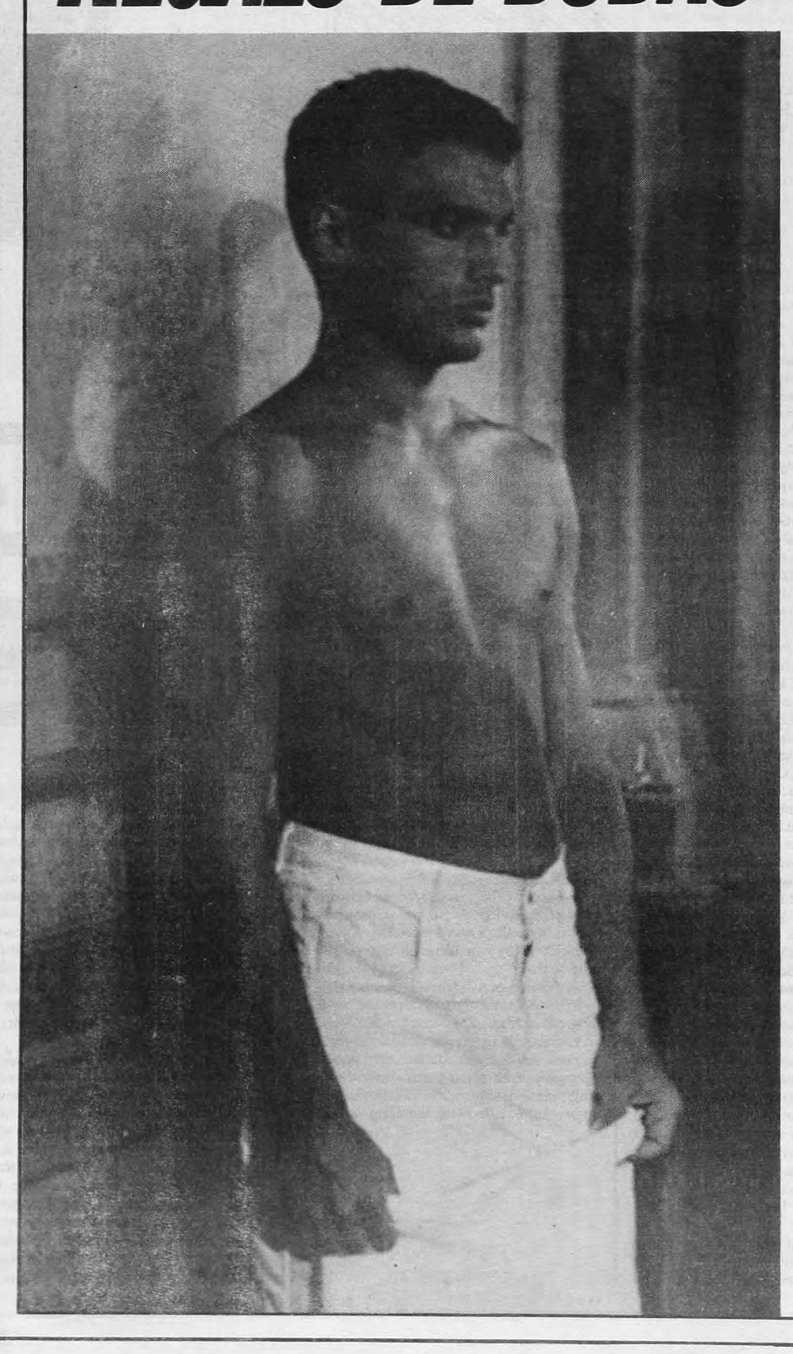
PARA GABY, SI QUIERE

Página/2/3



Verano/12

REGALO DE BODAS



Por Josep-Vicent Marqués

Entre las múltiples instituciones sociales que fomentan la pereza mental, tales como la escuela, los diccionarios de citas o los telefilms policíacos, ocupa un lugar destacado la *lista de bodas*. El sistema es práctico, pero arriesgado: los futuros contrayentes, al hacer exponer los objetos que codician, se exponen también a que todo el mundo se entere de qué clase de tontos de pésimo gusto son. Por otra parte, es de una cruel transparencia económica: los obsequiados saben exactamente en cuánto han evaluado familiares y amigos su afecto o su entusiasmo por el enlace. Indignado ante estos hechos, Menelao Zaratustra, uno de mis héroes modernos predilectos, empleaba sus horas de asueto en visitar grandes almacenes y establecimientos especializados para cambiar subrepticiamente los objetos entre las diversas listas de bodas, y entre sus mayores logros se encuentra conseguir que les regalasen un azucarero árabe de plata a dos diabéticos israelíes. En una dirección completamente opuesta encontramos las investigaciones de Maynard Barandilla, un economista norteamericano de origen hispano, que en su obra *A theory on gift and gift* logró establecer la fórmula del coste del regalo correcto: número de años que se conoce al novio más número de años que se conoce a la novia, menos número de años que se hubiera deseado no conocer a uno o a otro, multiplicado por la renta semanal del donante, partido por el ritmo cardíaco que generó en el sujeto la noticia de la boda.

Le explico todo esto a una amiga a quien se le casa un amor quizá no lo suficientemente lejano, y no sabe qué regalarle, pero me oye como quien oye llover y no tiene el Júcar cerca. Yo termino preguntándole:

– ¿Vas a ir a la boda?

– No, claro.

– Entonces puedes deducir, de lo que te resulte al aplicar el teorema Barandilla, el importe del ágape.

– No sé el importe del ágape.

– Pide presupuestos en varios restaurantes y halla la media.

Cabecea negando alguna cosa, toma un sorbo de *Parfait amour* con *casera* y dice:

– En realidad, no sé si debo o no debo hacer un regalo. Quizá la vista de un objeto regalado por mí empañe su felicidad.

– Eso puede ser interesante – apunto, malévolo.

Me mira con reproche los ojos y parte de las cejas.

– Entonces regala algo que sea transparente: una cristalería no tallada, un gran rollo de celofán, la Biblia, un libro de esos que jamás abre nadie – se queda pensativa y continúo– . Algo que no moleste. ¿Sabe alguno de los dos tocar el trombón?

– No creo.

– Regálales un trombón. Son bonitos, y si ninguno de los dos sabe tocar, en un rincón no molesta nada, ¿sabes?

Mi amiga reprime con elegancia un ligerísimo eructo provocado por un largo trago.

– ¿Sabes? Me gustaría regalarle algo que supusiese una plena aceptación de su decisión de casarse.

– ¡Caray! – digo– . Eso es todo un desafío. ¿Qué representa mejor la plena aceptación del matrimonio de un antiguo amor? No sé. Puedes pagarles el cura.

– Se casa por lo civil.

– Ya. Pues entonces ya lo tengo: un conjunto de camisón y salto de cama para la otra particularmente *sexy*.

Apura el vaso, pide un *Bloody Mary* y eleva el tono de su voz.

– Eso sería pasarse de *masoca*. ¿No? Además, no apruebo la decisión. Toda la vida de *progre* y ahora se casa.

– Todos quieren casarse, menos Juan Pablo II. ¡Hasta los homosexuales! – digo tristemente.

Me pido yo otra copa y consideramos amargamente la coyuntura social sentimental. Ella termina la suya y decididamente se decanta hacia el *Bloody Mary*. Un par de rondas más tarde somos dos tipos felices que han confeccionado estas bases para un código del lenguaje del regalo de bodas: regalar porcelanas y otros objetos frágiles indica confianza en la paz doméstica. Regalar estufas de hierro colado, no lanzables, lo contrario. Manuales de educación sexual, despecho. Objetos impares, confianza en la duración del matrimonio o sadismo. Cafeteras, pronóstico de aburrimiento. Juego de herramientas para bricolaje, ídem. Cuadros con marco ancho sugieren estrechez de miras en la elección del cónyuge. Lámparas y pantallas, escasas luces respecto de lo mismo. Imágenes religiosas, necesidad de especial auxilio divino para soportar el nuevo estado civil. Grandes pianos de cola, dificultad de llenar el vacío dejado por otros amores. Cajas de caudales, insinuación de que el cónyuge es valioso, pero se escapará en cuanto pueda.

Acompaño a mi amiga hasta su casa. Un gesto cariñoso me hace entender que nuestra complicidad no nos llevará a la cama.

– No hoy – dice– . No después de estar hablando sobre él.

– ¿Esperas que vuelva a ti después de casado?

– Sólo un poco. Una tiene sus principios.

– Ya tenemos entonces el regalo de bodas – exclamo alborozado– : un peso, alguna recopilación de dietas. Suelen engordar muchísimo después de casados.



PARA GA
SI QUIER

Por Juan Forn

Supongo que hay infinitas maneras de gastar plata. La mía es un modo de vida, un poco distraído quizá, pero modo de vida al fin. No soy un petrolero árabe que acumula yates y joyas y roll royces, ni una multimillonaria texana que colecciona efebos y obras de arte, ni un playboy con resaca y dolor en los huevos de tanto bombear. Hace un tiempo me avisaron que había heredado a un tío lejano; yo pedí que me depositaran todo en un banco y desde entonces me dedico a gastarlo. Ni siquiera pregunté cuánto era; no me interesan las cifras, en general.

No sé si yo carecía de aspiraciones por culpa de la plata. Todos dicen que la plata corrompe todo anhelo, toda intención. Yo ya no tenía anhelos ni intenciones. Y una mañana descubrí que seguía sin anhelos ni intenciones, pero con plata. Así que renuncié y saqué una tarjeta de crédito y me compré todo el fumo que pude, y seguí haciendo lo mismo que antes, salvo trabajar. Cada vez que empezaba a preocuparme sacaba mi maria (no me gusta decirle mariajuana; es como si no la tuteara) y me armaba un porro. Cuando uno no trabaja no hace falta que se despierte todos los días en el mismo lugar. Eso me pareció muy lógico. Así que me fui. Seguía sin intenciones y sin anhelos, así que no puede decirse que haya salido de viaje. No. Simplemente saqué el freno. Me dejé llevar, como quien dice. Y gastaba. Gasto. Cuando me preocupo saco mi bolsa de maria o mi tarjeta de crédito, hasta que me siento mejor.

Así, por ejemplo, hace poco fui a ver a Gaby. La conozco desde antes de heredar, desde antes de irme. Mucho antes. Eran más o menos las cuatro de la tarde, en noviembre, y estaba fresquito, lindo, no hacía frío ni calor. Gaby vive en una casa vieja entre Belgrano y Coghlan. Sola. En los cuartos de adelante trabaja y vive en los del fondo. En el fondo no hay más que un solo cuarto enorme, porque ella hizo tirar abajo las paredes divisorias. En una punta está la cocina, en el medio el comedor y en la otra punta el dormitorio.

Cuando la conocí yo no gastaba plata, porque no tenía. Lo único que tenía a veces era un poco de maria. En esa época me preocupaba por el daño cerebral. Decía: "Sin joda. Dos a la mañana, dos a la tarde y, si puedo, solamente dos más a la noche. Y tengo que poder. O me va a agarrar daño cerebral irreparable". A Gaby la maria ni fu ni fa. Eso lo supe después. Antes fui a su casa, a otra que tenía, un departamento minúsculo en el centro, y le dije: "Soy Miguel, Gaby ¿Te llamó mi hermana por teléfono, te dijo que venía?". Ella dijo: "Hola. Sí. No. En ese orden". Parecía divertida; me hizo pasar. Preguntó adónde iba a invitarla a esas horas de la noche, y si quería tomar algo antes. Así que tomamos algo antes, ella dijo que la maria ni fu ni fa y hablamos. Después me preguntó si me sentía bien. Yo dije: "Buenísimo. No es tan chico, el lugar. Me podría quedar a vivir. Acá, digo. Con vos. ¿No? Yo creo que sería buenísimo". Ella se dio cuenta de que iba en serio y empezó a no divertirse tanto. Al final me dijo: "Creo que lo mejor sería que te vayas". "Fuera", dije yo. "Bueno, si querés tomalo así: fuera", dijo ella. "No. Digo que se dice *fueras*, no *vayas*". Entonces ella se embroncó. Ahora que pienso, ya pasaron como diez años. Y me echó. A su manera, claro: con dulzura y sentido común. Pero me echó. Hay cosas que están totalmente fuera de la cuestión, como dijo ella.

No sé por qué volví a verla, ahora. Me gusta Coghlan. Había comprado un ramo de flores y un vestido lindísimo que vi en una vidriera y que me hizo pensar en ir a ver a Gaby. Será que a lo mejor sí tengo algunas intenciones, después de todo. Me pasa a veces, cuando gasto. Porque pensé que hacía tiempo que pensaba en ir a ver a Gaby y la casa de Coghlan.

—Estoy trabajando, ahora —dijo por el portero eléctrico, sin preguntarme quién era. Antes no tenía portero eléctrico. Yo le había dicho: "Gaby, me abrís. A qué no sabés lo que te traje".

—¿Quién es? —dijo ella, ahora sí.

Yo dije que era yo.

—¿Qué Miguel?

Es raro. Hay preguntas que a veces preguntan mucho más de lo que parece. Por ejemplo, yo entonces pensé: no sé de qué trabaja; no sé ni si se recibió, al final. Así que se lo pregunté. Ella se rió por el portero eléctrico y dijo:

—Ya sé qué Miguel.

Cuando se abrió la puerta apareció otra chica. La dejé pasar. Ella salía. Antes de que yo cerrara me dijo: "No te imaginaba así. Claro, lo único que sé de vos lo sé por Gaby. Lógico. Me encantó tu libro, ¿sabés? En serio. Lo leí todo".

Cuando no tenía plata yo escribía. Poemas. Antes, mucho antes. Saqué un libro. Alguna gente dijo que yo era la última esperanza blanca, el delfín de las letras del continente. El resto, que ese libro daba tirria, que me hacía el loco y el extraterrestre para disimular mi oceánica ignorancia. O directamente no dijo nada. Yo ya no escribía más. Apenas trabajaba y curtía mi maria. Entonces me cayó la herencia. Así que renuncié y me fui. Muy despacio. ¿Ya dije que me cansaba? No me preocupaba más el daño cerebral, pero me cansaba. Subía a un tren, a un avión, a un barco y, cuando me cansaba, paraba en algún lado. Hasta que me volvía a cansar de nuevo. El viaje más corto fue de Colón a Paysandú. Por los puentes; nunca me gustaron los puentes. El más largo, de Recife a Marsella. En barco me cansaba menos. Hasta que un día entré en la embajada

LECTURAS



PARA GABY, SI QUIERE

Por Juan Forn

Juan Forn nació en Buenos Aires hace 29 años, pero tuvo que esperar hasta 1987 para publicar su primera novela, *Corazones cautivos más arriba*. Sin embargo, la popularidad no le fue del todo esquiva: escribió (junto con Rodrigo Fresán) el guión de la película de Soda Stereo. El texto que ahora presentamos pertenece a un nuevo libro de cuentos en preparación titulado, provisoriamente, *Después de la orgía*.

Supongo que hay infinitas maneras de gastar plata. La mía es un modo de vida, un poco distraído quizá, pero modo de vida al fin. No soy un petrolero árabe que acumula yates y joyas y roll royces, ni una multimillonaria texana que colecciona efebos y obras de arte, ni un playboy con resaca y dolor en los huevos de tanto bombear. Hace un tiempo me avisaron que había heredado a un tío lejano; yo pedí que me depositaran todo en un banco y desde entonces me dedico a gastarlo. Ni siquiera pregunté cuánto era; no me interesan las cifras, en general.

No sé si yo carecía de aspiraciones por culpa de la plata. Todos dicen que la plata corrompe todo anhelo, toda intención. Yo ya no tenía anhelos ni intenciones. Y una mañana descubrí que seguía sin anhelos ni intenciones, pero con plata. Así que renuncié y saqué una tarjeta de crédito y me compré todo el fumo que pude, y seguí haciendo lo mismo que antes, salvo trabajar. Cada vez que empezaba a preocuparme sacaba mi maría (no me gusta decirle mariajuana; es como si no la tuteara) y me armaba un porro. Cuando uno no trabaja no hace falta que se despierte todos los días en el mismo lugar. Eso me pareció muy lógico. Así que me fui. Seguía sin intenciones y sin anhelos, así que no puede decirse que haya salido de viaje. No. Simplemente saqué el freno. Me dejé llevar, como quien dice. Y gastaba. Gasto. Cuando me preocupo saco mi bolsa de maría o mi tarjeta de crédito, hasta que me siento mejor.

Así, por ejemplo, hace poco fui a ver a Gaby. La conozco desde antes de heredar, desde antes de irme. Mucho antes. Eran más o menos las cuatro de la tarde, en noviembre, y estaba fresquito, lindo, no hacía frío ni calor. Gaby vive en una casa vieja entre Belgrano y Coghlan. Sola. En los cuartos de adelante trabaja y vive en los del fondo. En el fondo no hay más que un solo cuarto enorme, porque ella hizo tirar abajo las paredes divisorias. En una punta está la cocina, en el medio el comedor y en la otra punta el dormitorio.

Cuando la conocí yo no gastaba plata, porque no tenía. Lo único que tenía a veces era un poco de maría. En esa época me preocupaba por el daño cerebral. Decía: "Sin joda. Dos a la mañana, dos a la tarde y, si puedo, solamente dos más a la noche. Y tengo que poder. O me va a agarrar daño cerebral irreparable". A Gaby la maría ni fu ni fa. Eso lo supe después. Antes fui a su casa, a otra que tenía, un departamento minúsculo en el centro, y le dije: "Soy Miguel, Gaby ¿Te llamó mi hermana por teléfono, te dijo que venía?". Ella dijo: "Hola. Sí. No. En ese orden". Parecía divertida; me hizo pasar. Preguntó adónde iba a invitarla a esas horas de la noche, y si quería tomar algo antes. Así que tomamos algo antes, ella dijo que la maría ni fu ni fa y hablamos. Después me preguntó si me sentía bien. Yo dije: "Buenísimo. No es tan chico, el lugar. Me podría quedar a vivir. Acá, digo. Con vos. ¿No? Yo creo que sería buenísimo". Ella se dio cuenta de que iba en serio y empezó a no divertirse tanto. Al final me dijo: "Creo que lo mejor sería que te vayas". "Fuera", dije yo. "Bueno, si querés tomalo así: fuera", dijo ella. "No. Digo que se dice *fueras*, no *vayas*". Entonces ella se embroncó. Ahora que pienso, ya pasaron como diez años. Y me echó. A su manera, claro: con dulzura y sentido común. Pero me echó. Hay cosas que están totalmente fuera de la cuestión, como dijo ella.

No sé por qué volví a verla, ahora. Me gusta Coghlan. Había comprado un ramo de flores y un vestido lindísimo que vi en una vidriera y que me hizo pensar en ir a ver a Gaby. Será que a lo mejor sí tengo algunas intenciones, después de todo. Me pasa a veces, cuando gasto. Porque pensé que hacía tiempo que pensaba en ir a ver a Gaby y la casa de Coghlan.

—Estoy trabajando, ahora —dijo por el portero eléctrico, sin preguntarme quién era. Antes no tenía portero eléctrico. Yo le había dicho: "Gaby, me abrís. A qué no sabés lo que te traje".

—¿Quién es? —dijo ella, ahora sí.

Yo dije que era yo.

—¿Qué Miguel?

Es raro. Hay preguntas que a veces preguntan mucho más de lo que parece. Por ejemplo, yo entonces pensé: no sé de qué trabaja; no sé ni si se recibió, al final. Así que se lo pregunté. Ella se rió por el portero eléctrico y dijo:

—Ya sé qué Miguel.

Cuando se abrió la puerta apareció otra chica. La dejé pasar. Ella salía. Antes de que yo cerrara me dijo: "No te imaginaba así. Claro, lo único que sé de vos lo sé por Gaby. Lógico. Me encantó tu libro, ¿sabés? En serio. Lo leí todo".

Cuando no tenía plata yo escribía. Poemas. Antes, mucho antes. Saqué un libro. Alguna gente dijo que yo era la última esperanza blanca, el delfín de las letras del continente. El resto, que ese libro daba tirria, que me hacía el loco y el extraterrestre para disimular mi oceánica ignorancia. O directamente no dijo nada. Yo ya no escribía más. Apenas trabajaba y curtía mi maría. Entonces me cayó la herencia. Así que renuncié y me fui. Muy despacio. ¿Ya dije que me cansaba? No me preocupaba más el daño cerebral, pero me cansaba. Subía a un tren, a un avión, a un barco y, cuando me cansaba, paraba en algún lado. Hasta que me volvía a cansar de nuevo. El viaje más corto fue de Colón a Paysandú. Por los puentes; nunca me gustaron los puentes. El más largo, de Recife a Marsella. En barco me cansaba menos. Hasta que un día entré en la embajada argentina de Atenas y, en el fresquito de esa sala que no dejaba entrar el bestial sol griego, me desplomé en un sillón y no sé, no pude parar de llorar hasta que estuve de nuevo en Buenos Aires. No sabía por qué lloraba, a mí mismo me sorprendía verme llorar. Después pensé que a lo mejor me estaba pasando desde mucho antes. Los de la embajada estuvieron sobrios. Incluso me llevaron a un psiquiatra con el que hablé en inglés, y que me dijo: "Nunca he visto a nadie llorar así Qué notable. Lo suyo no es un llanto; es casi una respiración". Acá me curé bastante. No escribía, pero tampoco lloraba. Me reconcilié de a poco con la maría. Volví a gastar. No me cansaba tanto.

—Esperá un minuto en la cocina. Termino con esto y voy —grito Gaby desde algún lugar de la parte de adelante de la casa. Yo desparramé el vestido sobre la mesa, puse las flores encima, miré un poco por ahí y me encerré en el baño. Me gustan los baños, los botiquines desordenados, los frascos de shampú sin tapa, las esponjas de colores. Eran las cinco de la tarde; había un reloj de pared. Fumé un poco de maría. Después no supe qué hacer hasta que se me ocurrió darme un baño de bañadera.

Cuando salí, Gaby tenía puesto el vestido y había colocado el ramo en un florero. Me miró y dijo:

—¿Por qué?

Yo dije que porque hacía calor y porque me gustan las bañaderas antiguas. Ella se tocó el vestido. Ah, dije yo, y me encogí de hombros.

—¿Era para mí? —dijo ella.

Otra pregunta rara, ¿no? Me hizo pensar montones de cosas.

—Tu amiga sabe quién soy —dije.

—Mi socia. Psicóloga, como yo. Sí, me recibí, al final. Tests vocacionales, adolescentes, desajustes de adaptación. Eso hacemos. Ya me conocés: lo de siempre, sentido común. Pero ahora, con el título, suena más a sensatez. —Me sonrió—. ¿Te alcanza o querés saber algo más?

—Si te gusta el vestido.

—Ya sabés que me encanta. ¿No es verde? Azul. Ese color indefinible. Cómo no me va a gustar.

Bueno, dije yo.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Ahora —repetí. Tenía razón. Bueno, pensé, fenómeno: ahora—. Ahora, necesito que llames a este Banco—. Y saqué un sobre.

Ella lo alisó, sacó la carta, leyó. Después se quedó mirándome, mientras marcaba el número del Banco. Sostenía el tubo así, contra el hombro, con la cabeza torcida, y no soltaba la carta. Yo estaba quieto y la miraba esperar.

—Todo llega en esta vida, ¿no? —dijo—. Hola, ¿Citibank? Sección Depósitos e Inversiones, por favor. Con el señor Palma. Gracias.

Yo me puse a recorrer la casa. No me interesan en lo más mínimo esas conversaciones. En el pasillo había fotos. Gaby, desde chica hasta que se casó. Las pecas seguían estando en el mismo lugar. Pero quién iba a decir que antes era rubia. Salvo que se tiñese, ahora. Aunque no conozco ninguna rubia que quiera no ser rubia. A lo mejor eran fotos de un verano; ya se sabe: el pelo de los chicos se aclara con el agua de mar, esas cosas. A mí me gustaba más el color que tenía ahora.

Gaby apareció en el pasillo. Miguel, dijo. Y se quedó callada. Yo la miré.

—Se te acabó todo. Estás en rojo, según ese Palma. Dice que el Banco contempla la situación, por supuesto, pero que cubras el descubierto lo antes posible. Esta semana.

—Qué día es hoy —dije yo.

—Martes, Miguel. Cómo hiciste. En dos años, nada más. ¿O fue el vestido? —y se rió. Nerviosa.

Yo no dije nada. En invierno las pecas se notan menos. O puede que fueran malas las fotos. Ella volvió al fondo.

—¿Querés café? —dijo, desde allá.

Hace un tiempo me llamaron de la editorial para decirme que ya no quedan más ejemplares del libro que escribí, y si quería pagar otra edición. Ellos hacen su negocio. A mí me pareció bien. Tengo la plata, la gasto. Preguntaron si quería agregar algo. Agregar qué, dije yo. Sugirieron más poemas. Yo dije: una dedicatoria. Y pensé en algo sobre la maría, algo que agradeciera a la maría los servicios prestados. Pero no. Ahí mismo, parado como estaba, les dicté algo que se me ocurrió, redondo, sin pensarlo antes. Sí, lo dicté por teléfono. Si hubiera tenido que escribirlo no habría podido. Hace mucho que no escribo. El mes pasado salió la segunda edición. En la dedicatoria dice: *Para Gaby, si quiere*.

—¿Azúcar?

Gaby está sentada a mi lado. Yo ya tomé un trago de café y puse mala cara. Siempre lo tomo amargo, pero creo que nunca me voy a acostumbrar a este café tan horrible que prepara ella. Igual lo tomo. Frío es peor.

—¿Querés que vayamos a devolver el vestido? —dice ella.

—No te gusta más.

—Miguel. Oíme. ¿No entendés lo que pasa, todavía? Ha de haberte costado una fortuna, seguro. Lo devolvemos, me comprás una pavada y con el resto pagás el descubierto del Banco.

—Bueno —digo yo—, buenísimo.

Ella me mira. Prende un cigarrillo. Sí, me gusta más con el pelo así. Me sigue mirando. Me agarra la mano.

—¿Por qué sos así? O es una táctica. No es una táctica, ya sé. Entonces decime qué te pasa. Contame. O no confiás en mí. ¿Estás escribiendo? ¿Todavía no? Miguel, Miguel. Qué te pasa, por Dios. ¿Te sentís bien? Por qué llorás. No. No llores así. Por favor, Miguel, no llores.

Yo no digo nada. Lo que quiero es que no devuelva ese vestido, que no se marchiten esas flores. Lo que quiero es volver a vivir en esta casa, volver a dormir en la misma cama que ella, escribir otro libro para Gaby, y que esta vez sea una historia de verdad y que sea para ella desde el principio. Lo que quiero es que hable con el señor Palma, como hablaba con los albañiles cuando compramos la casa y decidimos tirar abajo estas paredes; lo que quiero es que no nos divorciemos, todavía. Pero estoy cansado. Y no digo nada.

Octubre 1988.

S.O.L

SOSTENIDO EN LA COSTA

• Hoy y mañana se presenta **Jaime Torres y su Gente**; el sábado, el **Cuarteto Zupay** y el domingo, **Los Carabajal**. Los recitales comienzan a las 23.30, en el Teatro Auditorium de la ciudad de Mar del Plata.

• Todos los miércoles a las 22, en la Sala Encuentros, San Luis 2069, Mar del Plata, **Los Corradini** ofrecen su espectáculo musical denominado **Mirando la casa de uno**, donde se incluye una síntesis de los tres discos del dúo Corradini.

• **La Banda Elástica** continúa presentando su espectáculo musical distinto y su repertorio "elástico" (jazz, tango, folklore y rock) en el Teatro de las Estrellas ubicado en Avenida Colón y La Costa. De miércoles a viernes y lunes a las 22.

• **El resucitado**, obra teatral protagonizada por el actor Lorenzo Quinteros en el Teatro Re-Fa-Si sito en Luro 2332, Mar del Plata. Todos los días a las 22.

• Los unipersonales **Vivir en vos** a cargo de Virginia Lago sobre textos de María Elena Walsh, los martes; **El humor en celo** con la actuación de la actriz Edda Díaz, los miércoles; **Yo Alfonsina (Una mujer libre)** con Leonor Manso sobre textos de Alfonsina Storni, los viernes y sábados; Lidia Catalano presenta **Poeta en Nueva York** sobre textos de Federico García Lorca, los jueves y **Canto a mí misma** a cargo de Perla Santalla; los domingos, se ofrecen en el Teatro del Notariado ubicado en Independencia y Colón, Mar del Plata, siempre a las 23.

• Carlos Perciavalle presenta su nuevo espectáculo humorístico denominado **Perciavalle indestructible**. En el Teatro Lido, Santa Fe 1751, Mar del Plata, de martes a sábados a las 21.15 y 23.15.

• **Mamá**, obra teatral de A. Bergman con dirección general de Carlos Olivieri, protagonizada por los actores Carlos Calvo y Luisina Brando. En el Teatro Neptuno de la ciudad de Mar del Plata, Santa Fe 1751, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• El grupo **Midachi** presenta su espectáculo humorístico musical de martes a domingo a las 21.45 y 23.45, en el Teatro Alberdi, ubicado en Alberdi 2473, Mar del Plata.

• **Yepeto**, obra teatral de Roberto Cossa interpretada por Ulises Dumont, Darío Grandinetti y Marcela Luppi, en el Teatro Colón, Hipólito Yrigoyen 1665, Mar del Plata, de martes a domingo a las 21.30 y 23.30.

• **Morochos de Ñuyor**, de Raúl Ramos y Héctor Giovine protagonizada por Roberto Fiore y elenco. En la Sala La Nona del Hotel Provincial de la ciudad de Mar del Plata, de miércoles a lunes a las 22.

• En el Teatro de la Galería de San Clemente ubicado en Calle 1 y 8, Rudy Chernicoff ofrece su unipersonal **El señor del baño.**

• En Oliverio Mate Bar de Villa Gesell, Avenida 3 y 105, se presentan hoy **Los Kelonios** (clown) a las 22.30 y a las 23.30, **Gambas al ajillo**, de Miguel Fernández Alonso con la actuación de Aída Albert y Omar Viola con música original de Fernando Tavelaro.

• La Comedia de la Provincia de Buenos Aires presenta su obra **El mensaje** (comedia infantil), de Javier Villafañe, de miércoles a domingo a las 19, en el Teatro Auditorium de Mar del Plata.

LECTURAS



ViÑuela 89.

ABY,
RE

argentina de Atenas y, en el fresquito de esa sala que no dejaba entrar el bestial sol griego, me desplomé en un sillón y no sé, no pude parar de llorar hasta que estuve de nuevo en Buenos Aires. No sabía por qué lloraba, a mí mismo me sorprendía verme llorar. Después pensé que a lo mejor me estaba pasando desde mucho antes. Los de la embajada estuvieron sobrios. Incluso me llevaron a un psiquiatra con el que hablé en inglés, y que me dijo: "Nunca he visto a nadie llorar así Qué notable. Lo suyo no es un llanto; es casi una respiración". Acá me curé bastante. No escribía, pero tampoco lloraba. Me reconcilié de a poco con la maria. Volví a gastar. No me cansaba tanto.

—Esperá un minuto en la cocina. Termino con esto y voy —grito Gaby desde algún lugar de la parte de adelante de la casa. Yo desparramé el vestido sobre la mesa, puse las flores encima, miré un poco por ahí y me encerré en el baño. Me gustan los baños, los botiquines desordenados, los frascos de shampú sin tapa, las esponjas de colores. Eran las cinco de la tarde; había un reloj de pared. Fumé un poco de maria. Después no supe qué hacer hasta que se me ocurrió darme un baño de bañadera.

Juan Forn nació en Buenos Aires hace 29 años, pero tuvo que esperar hasta 1987 para publicar su primera novela, *Corazones cautivos más arriba*. Sin embargo, la popularidad no le fue del todo esquiva: escribió (junto con Rodrigo Fresán) el guión de la película de Soda Stereo. El texto que ahora presentamos pertenece a un nuevo libro de cuentos en preparación titulado, provisoriamente, *Después de la orgía*.

Cuando salí, Gaby tenía puesto el vestido y había colocado el ramo en un florero. Me miró y dijo:

—¿Por qué?

Yo dije que porque hacía calor y porque me gustan las bañaderas antiguas. Ella se tocó el vestido. Ah, dije yo, y me encogí de hombros.

—¿Era para mí? —dijo ella.

Otra pregunta rara, ¿no? Me hizo pensar montones de cosas.

—Tu amiga sabe quién soy —dije.

—Mi socia. Psicóloga, como yo. Sí, me recibí, al final. Tests vocacionales, adolescentes, desajustes de adaptación. Eso hacemos. Ya me conocés: lo de siempre, sentido común. Pero ahora, con el título, suena más a sensatez. —Me sonrió—. ¿Te alcanza o querés saber algo más?

—Si te gusta el vestido.

—Ya sabés que me encanta. ¿No es verde? Azul. Ese color indefinible. Cómo no me va a gustar.

Bueno, dije yo.

—¿Y ahora? —dijo ella.

—Ahora —repetí. Tenía razón. Bueno, pensé, fenómeno: ahora—. Ahora, necesito que llames a este Banco—. Y saqué un sobre.

Ella lo alisó, sacó la carta, leyó. Después se quedó mirándome, mientras marcaba el número del Banco. Sostenía el tubo así, contra el hombro, con la cabeza torcida, y no soltaba la carta. Yo estaba quieto y la miraba esperar.

—Todo llega en esta vida, ¿no? —dijo—. Hola, ¿Citibank? Sección Depósitos e Inversiones, por favor. Con el señor Palma. Gracias.

Yo me puse a recorrer la casa. No me interesan en lo más mínimo esas conversaciones. En el pasillo había fotos. Gaby, desde chica hasta que se casó. Las pecas seguían estando en el mismo lugar. Pero quién iba a decir que antes era rubia. Salvo que se tiñese, ahora. Aunque no conozco ninguna rubia que quiera no ser rubia. A lo mejor eran fotos de un verano; ya se sabe: el pelo de los chicos se aclara con el agua de mar, esas cosas. A mí me gustaba más el color que tenía ahora.

Gaby apareció en el pasillo. Miguel, dijo. Y se quedó callada. Yo la miré.

—Se te acabó todo. Estás en rojo, según ese Palma. Dice que el Banco contempla la situación, por supuesto, pero que cubras el descubierto lo antes posible. Esta semana.

—Qué día es hoy —dije yo.

—Martes, Miguel. Cómo hiciste. En dos años, nada más. ¿O fue el vestido? —y se rió. Nerviosa.

Yo no dije nada. En invierno las pecas se notan menos. O puede que fueran malas las fotos. Ella volvió al fondo.

—¿Querés café? —dijo, desde allá.

Hace un tiempo me llamaron de la editorial para decirme que ya no quedan más ejemplares del libro que escribí, y si quería pagar otra edición. Ellos hacen su negocio. A mí me pareció bien. Tengo la plata, la gasto. Preguntaron si quería agregar algo. Agregar qué, dije yo. Sugirieron más poemas. Yo dije: una dedicatoria. Y pensé en algo sobre la maria, algo que agradeciera a la maria los servicios prestados. Pero no. Ahí mismo, parado como estaba, les dicté algo que se me ocurrió, redondo, sin pensarlo antes. Sí, lo dicté por teléfono. Si hubiera tenido que escribirlo no habría podido. Hace mucho que no escribo. El mes pasado salió la segunda edición. En la dedicatoria dice: *Para Gaby, si quiere.*

—¿Azúcar?

Gaby está sentada a mi lado. Yo ya tomé un trago de café y puse mala cara. Siempre lo tomo amargo, pero creo que nunca me voy a acostumbrar a este café tan horrible que prepara ella. Igual lo tomo. Frío es peor.

—¿Querés que vayamos a devolver el vestido? —dice ella.

—No te gusta más.

—Miguel. Oíme. ¿No entendés lo que pasa, todavía? Ha de haberte costado una fortuna, seguro. Lo devolvemos, me comprás una pavada y con el resto pagás el descubierto del Banco.

—Bueno —digo yo—, buenísimo.

Ella me mira. Prende un cigarrillo. Sí, me gusta más con el pelo así. Me sigue mirando. Me agarra la mano.

—¿Por qué sos así? O es una táctica. No es una táctica, ya sé. Entonces decime qué te pasa. Contame. O no confiás en mí. ¿Estás escribiendo? ¿Todavía no? Miguel, Miguel. Qué te pasa, por Dios. ¿Te sentís bien? Por qué llorás. No. No llores así. Por favor, Miguel, no llores.

Yo no digo nada. Lo que quiero es que no devuelva ese vestido, que no se marchiten esas flores. Lo que quiero es volver a vivir en esta casa, volver a dormir en la misma cama que ella, escribir otro libro para Gaby, y que esta vez sea una historia de verdad y que sea para ella desde el principio. Lo que quiero es que hable con el señor Palma, como hablaba con los albañiles cuando compramos la casa y decidimos tirar abajo estas paredes; lo que quiero es que no nos divorciemos, todavía. Pero estoy cansado. Y no digo nada.

Octubre 1988.

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

19. El misterio de los orígenes de Molly



Angus McCoy pasó unas dos semanas recluido en el hotel, con el pretexto de un estado gripal; lentamente logró ir ordenando sus ideas, en parte gracias a unos sueños, reveladores de su voluntad inconsciente. Resolvió no volver a su casa, a menos durante un tiempo, y mantener la falsa identidad de A. Wakefield; y se propuso visitar a un viejo amigo, experto en negocios inmobiliarios, para pedirle que lo orientara en esa profesión. Al vislumbrar perspectivas de futuro, sentía que las fuerzas iban volviendo a él. Se dedicó a breves paseos, para recuperar los reflejos y moverse por las calles con soltura, y después amplió su radio de acción volviendo a usar su coche. Cuando se sintió seguro de sí y de sus sentimientos, buscó en un diario el calendario de actuaciones de Bear Betty y, para su asombro y desconsuelo, no lo encontró. En "The Blue Bear" le informaron que la artista estaba disfrutando de sus vacaciones anuales.

En efecto: Betty, acompañada de una irreconocible Molly, vivía su propio proceso interior en la agradable tranquilidad de un balneario; como aún no había llegado el verano, el lugar estaba casi desierto, y ambas podían disfrutar del sol, de largas caminatas por la arena y aun de algunos baños de mar que, aunque un poco fríos, eran placenteros y estimulantes, todo esto libres de la molesta presencia de extraños.

La pasión que había surgido explosivamente entre ellas no pasó de un breve chisporroteo; pronto se transformó en una calma relación, parecida a la de una madre y su hija, mientras en Betty cobraba fuerza la imagen de Angus McCoy. Por su parte, Molly estaba muy entusiasmada con su nueva vida; moviendo ciertas influencias, Betty logró para Molly, quien siempre había carecido de documentos, una documentación auténtica a nombre de Mary Smith; un cirujano plástico amigo y admirador de Betty modificó levemente algunos rasgos de la niña, con tal arte que nadie habría podido reconocerla. Y ya se habían dado algunos pasos en la instrucción de la jovencita, en una serie de materias que no excluían modales y etiqueta.

Además de Angus, en esos días de ocio la mente de Betty era ocupada por las razones del rapto de la pequeña. Betty sospechaba que tras esa imagen humilde podía esconderse la identidad de un personaje importante; por ejemplo, la princesa heredera de algún trono. Pero Molly tenía pereza de escarbar en su memoria, a pesar de los reiterados esfuerzos de su protectora.

—No recuerdo bien —decía Molly, con tono fatigado—. Sé que quien yo llamaba mi madre, probablemente no lo era, porque tengo un borroso recuerdo de otra figura distinta, más importante, cuando yo era muy pequeña. Pero desde que tengo uso de razón, mi madre es ésta que recuerdo: se llamaba Sarah, y tenía un puesto de verduras en el mercado. Me trataba bien, aunque no tenía mucho tiempo para dedicarme; yo andaba casi siempre en la calle —Molly callaba, y Betty quedaba a menudo esperando en vano que prosiguiera. Con tacto y paciencia, dejaba pasar horas, o a veces días, antes de insistir en el tema—. No —decía Molly—, no tengo ningún recuerdo preciso de aquella figura borrosa. En realidad, sólo tengo como un ambiente difuso en torno de esa imagen, pero nada tangible —y si Betty le pedía que intentara rescatar alguna imagen de eso que llamaba ambiente difuso, Molly decía—: Sí, a veces aparece otra presencia, como irrumpiendo en la escena estática; tal vez no es más que una voz, una voz masculina que dice algo, no sé qué.

"Puede que me lleve años", se decía Betty, "pero algún día conoceré la verdad acerca de Molly"; y entonces volvía a sus pensamientos sobre Angus McCoy, o simplemente dejaba de pensar, y se dedicaba al sol y al aire y a la cálida compañía de la jovencita.

Angus se vio obligado a una breve entrevista con John Adams, pues necesitaba cobrar el sueldo que Carmody girara desde Londres. John seguía excitado con el tema de la Banda del Ciempiés, protagonista de nuevos hechos terribles; preguntó a Angus si había leído los diarios.

—Sólo la página de espectáculos —dijo Angus—. Pero ella no ha vuelto aún.

(Próximo Episodio: "Siguen las tropelías de la Banda").

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

El médico en casa

El doctor Del Molino debió atender durante la semana a varios miembros de su familia. Deduzca a qué pariente atendió cada día. dónde sentía dolores cada uno y cuál era la causa del mal.

1. La abuela sufrió un golpe al rodar por las escaleras.
2. El martes. un hombre se quejó por el dolor de estómago.
3. La mujer que le consultó el viernes estaba dolorida de tanto bailar rock and roll.
4. El hermano se sintió mal tras realizar un gran esfuerzo físico. Al día siguiente. le consultó quien tenía dolor de cabeza. y un día más tarde la persona con molestias en la cintura.
5. La cuñada visitó el consultorio un día después que quien había abusado de la cerveza.
6. Quien sentía dolores en el cuello consultó con el galeno cierto día. al día siguiente el doctor Del Molino atendió a su propia esposa.
7. El hijo del doctor no bebe alcohol.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		PARIENTE					DOLOR EN					CAUSA				
		Abuela	Cuñada	Esposa	Hermano	Hijo	Cabeza	Cintura	Cuello	Estómago	Rodilla	Baile	Cerveza	Esfuerzo	Examen	Golpe
DIA	Lunes															
	Martes															
	Miércoles															
	Jueves															
	Viernes															
CAUSA	Baile															
	Cerveza															
	Esfuerzo															
	Examen															
	Golpe															
DOLOR EN	Cabeza															
	Cintura															
	Cuello															
	Estómago															
	Rodilla															

DIA	PARIENTE	DOLOR	CAUSA

SOPA DE ESPECIALIDADES MEDICAS

Encontrar las palabras en la sopa. dispuestas horizontal. vertical o diagonalmente. en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ALERGOLOGIA
CARDIOLOGIA
CIRUGIA
DERMATOLOGIA
ESTOMATOLOGIA
GINECOLOGIA
NEUROLOGIA
OBSTETRICIA
OFTALMOLOGIA
ONCOLOGIA
PEDIATRIA
PSIQUIATRIA
UROLOGIA

A	I	G	O	L	O	T	A	M	O	T	S	E	I
I	A	I	G	O	L	O	M	L	A	T	F	O	O
U	I	D	E	R	M	A	T	O	L	O	G	I	A
R	G	A	A	I	G	O	L	O	G	R	E	L	A
O	O	O	B	S	T	E	T	R	I	C	I	A	I
L	L	I	A	I	G	O	L	O	C	E	N	I	G
O	O	A	I	A	I	R	T	A	I	D	E	P	U
G	C	A	A	I	G	O	L	O	R	U	E	N	R
I	N	A	I	R	T	A	I	U	Q	I	S	P	I
A	O	I	A	I	G	O	L	O	I	D	R	A	C

SOLUCIONES

SOPA MOTORISTA

G	U	A	R	D	A	B	A	R	R	O	S	B	E
A	N	D	E	P	O	S	I	T	O	R	E	M	T
R	A	S	T	D	R	O	R	O	D	F	B	A	I
A	C	A	R	B	U	R	A	D	O	R	U	N	E
N	E	S	O	L	E	I	M	A	A	E	J	I	C
S	L	I	V	S	D	M	O	G	S	N	I	L	A
E	E	R	I	O	A	S	U	A	I	O	A	L	S
S	R	B	S	R	S	E	E	S	E	S	S	A	L
M	A	A	O	D	O	T	Ñ	O	N	I	C	R	N
A	D	R	R	N	S	N	G	L	T	U	A	A	P
I	O	A	L	I	E	A	T	I	O	N	S	I	O
G	R	P	E	L	N	U	T	N	S	E	C	U	L
O	Y	O	S	I	O	G	Y	A	E	M	O	T	O
G	A	L	U	C	I	R	T	A	M	I	B	Ñ	B

ENIGMA LOGICO

Drago, Soria, 39, torre.
Milde, Vidal, 43, caballo.
Ratti, Ibarra, 37. peón.
Rojas, Ferrer, 45, dama.
Stern, Fox, 40, alfil.